

G A B R I E L A C E R R U T I

EL PRIBE

Mauricio Macri: negocios, intrigas y secretos

EDICIÓN
CORREGIDA Y
AUMENTADA

Espejo de la Argentina  Planeta



A Sofía y Lucio, mi lugar en el universo.

Introducción

El hechizo se repite cada tarde, cuando el sol se hunde en el océano y Venus asoma sobre el horizonte. Entonces el agua se vuelve inmensamente turquesa y estalla en rayos rosas que se derraman en sobre la arena.

Dicen los navegantes que no hay crepúsculo más bello que el del golfo de la Magdalena, en el acantilado norte de Cerdeña. Allí, donde se presumen Roma y el Vaticano del otro lado del mar, pero se vive con Sicilia a las espaldas.

Mauricio Macri mira la costa esmeralda y el horizonte fantástico.

Pero sólo ve la tapa negra de hierro cerrándose sobre su cara y sabe bien que esa transpiración en las manos no se irá con la brisa fresca de la noche. Se resiste a cerrar los ojos porque dormirse sería el castigo de volver a soñar el instante en que tuvo la certeza de la muerte. Hace tantos días que no habla, que no sabe y a si recordará las palabras. Sólo repite obsesivamente un pensamiento, el mismo que lo ayudó a mantenerse vivo durante su secuestro. Tengo que respirar, tengo que respirar, tengo que respirar.

Tiene treinta y tres años. Se sabe el nieto de Giorgio Macri, que abandonó su destino de cartero hace casi un siglo, y partió de esa Calabria que lo desafía desde el Sur para convertirse en empresario. constructor y político. Es el hijo de Franco, el hombre que construyó un imperio que él debe heredar. El que manejó durante años por igual los hilos del poder en la Argentina y en Italia, el que sentó a su mesa a militares, cardenales, jueces y presidentes. *El* que

acordó con los gobiernos democráticos y las dictaduras militares, el que ganó fortunas en contratos con los Estados, democráticos o fascistas, de izquierda o de derecha. Y también con Licio Gelli, la Logia Propaganda Due (P2) y la Cosa Nostra italiana.

Don Franco, el hombre que hizo todo por defender la seguridad de la Familia. Que se casó con Alicia Blanco Villegas para entrar en la oligarquía argentina, y tuvo desde entonces una vida de zozobras y desdichas con mujeres que lo amaron, lo odiaron o le temieron. Y cinco hijos que pelearon, cada uno a su manera, para tratar de emularlo y sucederlo, pero huir de ese destino.

Mauricio es el primogénito, el delfín, el heredero.

El que llegó a Italia por primera vez hace ya veinte años, acompañando a su padre, para negociar con los dueños de la FIAT, o disfrutar en Cerdeña de fiestas con el Aga Khan, Sofía Loren o Silvio Berlusconi. El mismo que trató de conquistar América desde Manhattan, y fracasó; el que quedó al frente del *Holding* familiar cuando tenía veintitrés años. El muchacho que sólo encontró algo parecido a la felicidad y la libertad gritando los goles de su equipo en una cancha de fútbol en la Ribera.

Mauricio volverá a Buenos Aires en unas semanas para hacerse cargo de la filial argentina de la FIAT. Es el presidente de **SIDECO**, la empresa dueña de la mayor parte de la obra pública y los servicios en el país. Pero acaba de salir de un pozo donde estuvo secuestrado veinte días, donde creyó que iba a morir. Donde se preguntó una y otra vez qué traiciones de la familia estaba pagando.

Donde descubrió que lo único que su padre decía cuidar era lo que estaba a punto de perder.

Mauricio sabe bien sobre el profundo amor y el enorme odio que puede despertar su padre. Ese hombre inmenso, que lo nombró heredero de un reino que no está dispuesto a legarle. Que le exige y lo boicotea. El mismo que construyó un mundo tan intenso que jamás permite la serenidad.

Un mundo en el que su bella y suave mujer decidió abandonarlo porque le es ajeno. Donde sus hijos seguramente crecerán alejados. Donde su mamá, Alicia, le reclama todos los días que se vuelva un hombre decente y respetable.

Mauricio quiere ser Franco, quiere ser el Capo. Darle más poder y más prestigio a la Familia.

Pero también tener fama y glamour, y reconocimiento. Dejar atrás los gritos y ademanes de la Calabria profunda, abandonar los fantasmas que lo persiguen desde los pasillos recorridos por su padre para amasar su fortuna. Brillar en el mundo de la política y las finanzas internacionales. Dejar de ser un oscuro millonario para ser el establishment.

No hundirse más, asomarse, lograr salir finalmente de ese pozo en que lo encerraron sus secuestradores y que es en realidad la alquimia de su propia biografía.

Mauricio Macri sabe que si quiere un futuro diferente del que le ha sido asignado, debe trascender la Familia. Y para eso necesita ser Presidente. **La Familia**

Franco tiene la mirada plagada de secretos como los calabreses, y el gesto suave y galante de los romanos. Pero no queda nada ya de la risa estrepitosa, ni del bronceado permanente. Un rostro preciente sobre hombros cansados. Tiene la pequeñez del final camino y se le adivina más una

vida de delicias y placeres que el viaje por el poder y la añoranza de la gloria.

La mansión de la calle Juncal está vacía casi, con el silencio dentro de los palacios y las cortes, la vida diaria apenas cuchicheada entre *boisserie* y alfombras. Un asistente se acerca por su espalda y le susurra preocupaciones urgentes, en italiano apenas perceptible. La entrevista está finalizada.

«Pero volvamos a hablar. Yo digo TODO me callo nada... Soy así. Cuando a usted le parezca. Mi secretaria le puede decir, yo no manejo mi vida... Siempre tuve alguien que me manejó mi vida».

— Pero su secretaria no es más Anita, ¿no?

Anita Moschini lo acompañó durante treinta años y fue, según el mismo Franco, una de las mujeres más importantes de su vida. Cualquiera que me conoce y necesita resolver un problema que me involucra llama a Anita, tenga o no que ver con sus funciones habituales. Esto es así en la Argentina y desde cualquier parte del mundo donde yo tenga amigos, familiares o relacionados con los negocios», escribió alguna vez. Sonríe apenas, y se acerca un poco, para secretar con elegancia.

—No, ya no...

Anita, esa mujer menuda que comenzó a trabajar en **IMPRESIT-SIDECO** en 1962, es hoy la secretaria de Mauricio Macri en la Jefatura de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires. Esa mujer a la que Franco cuidó toda su vida, y que lo cuidó, fue su última ofrenda a Mauricio. Anita es la misma mujer menuda pero firme que debió ir a declarar a los tribunales federales involucrada en una causa de espionaje

en la que se entrecruzan en la cúspide misma del poder de la ciudad espías, políticos y los avatares de la familia Macri.

—Así es Mauricio. Se queja, se queja, pero siempre usó todo lo mío. Agarra todo lo que le conviene...

Como si la crítica fuera en realidad una travesura, ahora se ríe abiertamente, y busca complicidad. «Mire, le voy a contar algo... Cuando asumió Mauricio me invitó muy protocolarmente a visitar su despacho y la Casa de Gobierno. Yo fui, por supuesto. Me estaba esperando con todo el protocolo y me hizo hacer una recorrida, mostrándome los salones, el Salón Dorado, el patio... La verdad, que ya me habían hecho hacer esa recorrida como cinco veces: cada vez que había un intendente nuevo me invitaba. Pero no le dije nada, por supuesto. ¡Pobre Mauricio! Estaba tan orgulloso de mostrarle a su padre...»

El despacho de la Casa de Gobierno no es muy distinto a la mansión de la calle Juncal. No sólo por la **boiserie**, y las alfombras, las arañas y los espejos. También por el silencio cortesano. Y por Anita.

No es que Mauricio Macri no lo conociera también de otras épocas. Porque lo que Franco calla es que cada vez que hacía una de esas recorridas, como cada vez que iba a presentarse a un nuevo Presidente, llevaba a su primogénito para fascinarlo con su propio poder. Mauricio estuvo allí cuando se firmó el contrato de la recolección de residuos con el brigadier Osvaldo Cacciatore. Las empresas de la Familia se hacían cargo por entonces de casi la mitad del presupuesto de la ciudad de Buenos Aires. Estuvo allí también cuando discutía airadamente con Carlos Grosso para conseguir más contratos y beneficios.

Los Macri cogobernaron la ciudad durante la intendencia del brigadier, y cogobernaron nuevamente con el joven peronista. Todas las contrataciones más importantes, las obras más paradigmáticas, los sistemas de información más sensibles, estuvieron en manos de las empresas del **holding** familiar.

Esta vez, en los primeros años del siglo XXI, el jefe de Gobierno de la ciudad no es un representante o un empleado de la Familia. Es Mauricio Macri. El Pibe.

Está sentado sobre el sillón blanco enorme, que mira hacia la puerta. Despatarrado, informal.

Tiene cierto desparpajo y algún encanto en la forma de hablar de sí mismo sin solemnidades. Los mismos ojos celestes que Franco pero el cuerpo todavía preparado para más batallas. Sus ojos miran hacia afuera, y los de su padre hacia adentro. Como si uno cerrara puertas y ventanas de una casa que sabe que pronto quedará deshabitada mientras que el otro, en cambio, sigue construyendo habitaciones y diseñando jardines.

—Es cierto... lo invité a recorrer la Casa de Gobierno el primer día. Después lo invité a cenar.

Entonces, en la mitad de la cena me dijo: ¿Te das cuenta de que esto también me lo tenés que agradecer a mí? Si yo no te hubiera incentivado, si no hubieras competido tanto conmigo... hoy serías el heredero de las empresas y nada más...

—¿Alguna vez hicieron terapia familiar?

— Sí, obvio... muchos años...

—¿Con sus hermanos y su papá?

—No... los hermanos nomás... ¡Si el problema era papá!

Es una mañana de finales de noviembre. Mauricio Macri anunció que quiere ser candidato a Presidente pero el escándalo por las escuchas ilegales llevadas a cabo desde el corazón mismo de su gobierno crece cada día más en los Tribunales y en la opinión pública. Dos jefes de policía de la ciudad debieron renunciar, uno está preso y el otro procesado. Una de las víctimas de las escuchas ilegales es el cuñado del jefe de Gobierno, Néstor Leonardo, el esposo de su hermana Sandra.

Mauricio Macri intentó desligarse del tema diciendo primero que era una maniobra del gobierno nacional, o buscando muchas y pueriles excusas. Pero las escuchas ilegales a su cuñado, quien además sufrió un atentado al día siguiente de declarar en Tribunales, vuelven el tema cada vez más cercano al jefe de Gobierno y la Familia.

—¿Cómo explica, si ustedes no tienen nada que ver, que uno de los espíados sea su cuñado?

—Es que fue mi viejo... obvio. Mi viejo contrató a una agencia de seguridad americana, la misma que lo ayudó con mi secuestro, y la agencia contrató a este tipo para que haga las escuchas.

—Usted está acusando a su papá de hacer algo ilegal...

—Bueno... en este país escucha todo el mundo, no es un delito carcelable... Además, en mi caso porque es mi hermana [*N.: Sandra murió poco después.*] y que haga con su vida lo que quiera, pero si fuera mi hija, seguramente yo también lo haría...

Mauricio Macri lucha a cada instante para demostrar que no es su papá, que es distinto, que ésta es la Familia que le tocó, que él es diferente. Pero no le sale.

Franco Macri construyó un imperio desde la nada, primero con hormigón y ladrillos, y luego, muy pronto, con contratos con los diferentes gobiernos que le fueron otorgando el presupuesto destinado a la obra pública, con influencias múltiples y variadas y el manejo de los hilos de un estado paralelo: en los pasillos de la Casa de Gobierno, la Banca y la Nunciatura Apostólica supo llegar a ser el Gianni Agnelli argentino.

Ese Agnelli que fascinó a Mauricio Macri desde niño, cuando visitaba a su padre en la quinta de San Miguel. El que dejó su impronta en Franco sobre el verdadero poder y el significado del Estado.

«Es fácil entender cómo de este cruce surgió un particular sentido del Estado que para Agnelli tenía en los partidos el ejercicio contingente del mando y, en los tres palacios —Quirinal, San Pedro y la Banca d'Italia—, la verdadera sede institucional de su soberanía. Se ha escrito a menudo que la FIAT era gubernamental por definición, con independencia del inquilino de Palazzo Chigi. En realidad, esto venía después. Primero, para el **Avvocato**, había algo más: un pacto entre la FIAT y el Estado, con la convicción ideológica de que la rueda de Turín había molido bienestar para todo el país, y en la utilidad práctica de intercambiar con Roma, en caso de necesidad, ayudas, amortizaciones, procedimientos de coyuntura, dimisiones, según los intereses de la FIAT». 1

El periodista italiano Enzo Mauro lo describió así luego de su muerte para el diario El País, de Madrid.

Es un retrato del poder que los Macri podían hacer suya en la política doméstica. «Papá decía que había que ser siempre oficialista», recuerda Mauricio Macri. «Cuando una empresa ya es tan grande como la nuestra, ya no importa lo que pasa dentro de la empresa. ¿Cuántas obras más se pueden hacer? ¿Cuántos autos más se pueden producir? Si no se puede influir **la economía** general del país... no sirve para nada».

La fascinación por su padre se le adivina cuando relata las visitas a todos los presidentes democráticos o militares de las últimas cuatro décadas de la Argentina. Ese primer encuentro en que los Macri iban seductores y solícitos a ofrecer poder, para ostentarlo. En los setenta debió conformarse con José López Rega antes de llegar a Isabel Perón. José Alfredo Martínez de Hoz fue la puerta para Jorge Rafael Videla. Reynaldo Bignone se convirtió en el primero de los militares que lo buscó a él, sin necesidad de pedir reunión.

A partir de 1983, llegó la sucesión de gobiernos democráticos. Raúl Alfonsín, Carlos Meném, Fernando de la Rúa, hasta el efímero Ramón Puerta, y Eduardo Duhalde ofrecieron inmutables el escenario para repetir el ritual. Cuando llegó el turno de Néstor Kirchner, Franco ya fue sin Mauricio, por primera vez.

Un encuentro, un saludo, un intercambio de ideas sobre el país. «Papá nunca hablaba de plata.

Describía la empresa, lo que teníamos, cuántos empleados, cuántas obras. Lo importante era hacer», relata Mauricio.

Franco mostraba sutil y seductoramente los engranajes del poder. La construcción simbólica de los empresarios

como la Corte, el poder paralelo, el poder detrás del poder, siempre. La política es contingente y pasajera. El poder es lo que permanece.

Franco dice que Mauricio nunca entendió eso, porque es un Blanco Villegas, como su madre Alicia, como su tío Jorge, presidente de la Unión Industrial Argentina durante la década de los noventa. Que a él le interesaba la construcción, y el poder. Y a los liberales sólo la plata y la fama.

—Su padre dice que uno de los problemas es que usted es más Blanco Villegas, por su madre, que Macri. Que los Blanco Villegas son liberales y los Macri desarrollistas...

—Sí, eso dice... siempre me dice eso...

Mauricio dice que él es una nueva generación. Que su padre no entendió que el mundo había cambiado y que en los noventa se terminaba el Estado y había que convertir a las constructoras en empresas de servicios para quedarse con la concesión de las privatizadas. Además de cotizar en Bolsa y manejar el mercado financiero.

Si la diferencia entre padre e hijo reflejaba la división en los distintos grupos de la burguesía a principios de los noventa, el menemismo los encontró unidos en una comunidad de negocios que les permitió participar del desguace del Estado y quedarse con las concesiones de las principales empresas de energía y servicios del país.

La crisis de 2001, que representó el colapso del modelo de acumulación implementado desde 1975 en adelante, del que las empresas del Grupo Macri son la expresión más transparente, volvió a enfrentarlos en sus visiones: el padre apostaba por la pesificación para sanear así las deu-

das de sus empresas y volver a cargarlas sobre el Estado; el hijo, por la dolarización, porque su mayor capital se encontraba en cuentas en dólares en el exterior.

Mauricio Macri es el hijo de *il Capo* que necesita hacerse cargo del imperio pero blanqueando los negocios, dicen algunos de los amigos de la familia en una comparación obvia con la saga de *El Padrino*.

—Tiene la misma contradicción que ellos... quiere usar todo el poder de la mafia, pero funcionando en el mundo legal, a la luz del día... demasiada contradicción...

La alianza y la confrontación entre Franco Macri y su hijo es la dinámica entre dos generaciones del mismo patrón económico entre dos líneas internas de la burguesía argentina, dicen los analistas económicos.

Es la pelea eterna entre un padre que consiguió todo lo que en la vida pero que fracasó en su obra más importante: su hijo no es mejor que él, ni siquiera es parecido. Y un hijo que nunca podrá ser como ese padre, que siempre fue el que más sabía, el que ganaba en todo, el que lo desafiaba y lo boicoteaba. Un hijo que puede probarse en confrontación con él, dicen los psicólogos.

Lo cierto es que luego de haber fracasado estrepitosamente cada vez que su padre lo puso al frente de una de sus empresas, y de haber llegado a una confrontación familiar por la cual Mauricio incitó a sus hermanos a iniciar un juicio de insania contra su padre para quedarse con el manejo del *holding*, Franco Macri decidió liquidar sus empresas en la Argentina, dejar las acciones en manos de sus hijos y asentarse a hacer negocios en China para apostar a los mercados emergentes.

Y Mauricio Macri decidió ser jefe de Gobierno de la ciudad Buenos Aires. Y Presidente.

—¿Por qué decidió que quería ser Presidente?

—Siempre me importó la política, me gustó, me parecía que tenía mucho para dar.

—Pero no queda claro cuándo, por qué lo decidió. Está claro decidió irse a Boca después de una pelea con su padre.

—Nunca me iba a dejar ser nadie en la empresa. En Boca no se podía meter. Incluso alguna vez que me llamó y trató de opinar y dije: Viejo, vos de fútbol no sabés nada...

—Está claro. Ahora... ¿por qué quiso ser Presidente?

—Yo creo que la mejor definición me la dio Gregorio Chodos, que es como un padre para mí. Él me dijo: «Mauricio, en la vida están los que eligen tener y los que eligen ser. Vos elegiste ser». Y yo siento eso. Que yo tenía todo ya. Así que elegí ser.

Mauricio Macri creció creyendo que su padre tenía todo el poder. Y decidió que a él le tocaba ser el poder.

El delfín

«Papá había tenido un infarto y yo me tenía que hacer cargo... Esas cosas de las familias, que se rompe la autoridad si el hijo no se hace cargo inmediatamente... Yo estaba yéndome a Estados Unidos. Me iba a quedar unos años para hacer un máster. Y tuve que volverme de un día para el otro.

Con veintitrés años. Y hacerme cargo de todo».

El relato de Mauricio Macri da cuenta del momento en que cambió su vida.

Estaba mudándose a Manhattan con su esposa Yvonne y su pequeña hija Agustina, dispuesto a llevar adelante un máster en administración de **empresas. Había comenzado** a ser parte de las negociaciones importantes de la familia al terminar de acordar con el magnate Donald Trump la venta del proyecto inmobiliario de Manhattan.

Fue entonces cuando recibió el llamado telefónico desde Punta del Este que le anunciaba que su padre, Franco, acababa de tener un infarto. Un mes después, estaba volando a Estados Unidos para acompañarlo a Houston, a realizarse una operación de corazón. Los médicos descubrieron entonces que el jefe de la familia había tenido ya cuatro infartos, le recomendaron dejar de lado muchas de sus múltiples actividades e indicaron reposo al menos por un año.

Franco no dudó. Mauricio volvió de los Estados Unidos designado gerente general de **SOCMA** en la primavera de 1982. **Educando al heredero**